

CIENCIAS Y ARTES.



Flautistas y tocadores de lira, griegos.

DE LOS INSTRUMENTOS MUSICOS

ENTRE LOS GRIEGOS Y LOS ROMANOS.

Cuando asiste uno en el teatro á las representaciones de las óperas modernas, cuando contempla la numerosa orquesta y los variados instrumentos de que se compone, al ver la falange de músicos inundar el sitio reservado para la orquesta, algunas veces se traslada uno con la imaginación á los primitivos tiempos de la música, á aquellos tiempos en que la música no veía sino raros levitas, acercarse

á su altar y una magestuosa sencillez presidia á su culto y sus fiestas.

Nos preguntamos entonces como han nacido los primeros instrumentos, como se han perfeccionado y como han engendrado la orquesta espléndida y magnífica que se presenta á nuestra vista. Caminábamos, nos deteníamos, dábamos saltos en el ancho camino de lo probable y salvábamos atrevidamente los fosos de lo pasado cuando se levanta el telon y oímos acentos tan variados y armoniosos que desconocieron los antiguos.

La historia de los primeros instrumentos es fácil de reconstruir. Para imitar mas ó menos fácilmente la voz humana, principio fecundo de toda música, se la tomó en la

vegetación lo que ofreció primero y más simplemente musical, es decir, los tubos naturales, en los que pasando el aire había revelado una voz. El choque de dos objetos más ó menos sonoros, dió nacimiento á los instrumentos llamados de *percusión*, los que han permanecido siempre naturalmente muy poco complicados: los instrumentos de cuerda, cuyo origen se remonta á alguna casualidad desconocida, todavía no vinieron, sin embargo, sino más tarde. Puede pues mirarse la primera paja, como la madre de todas las orquestas.

Cuando llegaron los grandes siglos de los antiguos, había ya conocidos un gran número de instrumentos para que cada uno de ellos pudiese tener un destino particular, es decir, que podía ser empleado cada uno á su vez en ciertas fiestas. De estos instrumentos, de los que la mayor parte nos son desconocidos en cuanto á la forma, no nos han quedado más que los nombres. Eran los unos de viento ó *neumáticos*, los otros de cuerdas ó *cromáticos*: el más pequeño número era de percusión, los más comunes, sobre los que vamos á decir algunas palabras, eran la *lira*, la *citara*, la *tortuga*, el *timpano*, el *trigoni*, el *sistro*, la *flauta de Pan*, el *trompo* y el *címbalo*.

En su fábula del *Asno y los sacerdotes de Cibele*, Fedro habla de un instrumento de música, llamado por los antiguos timpano.

Detracta pelle, sibi fecernunt tympana.

Era una especie de tímpano que se tocaba con palillos. Estaba este instrumento guarnecido de un aro de cobre ó de madera, cubierto con una piel delgada y muy estirada. Se daba también el nombre de tímpano á una especie de tambor de forma redonda que se tocaba con la mano.

Estos instrumentos eran empleados en los sacrificios de los sacerdotes; pero servían principalmente en los coros con que se celebraban las fiestas de Cibele y de Baco. El sistro ó cistro, instrumento perfeccionado por los griegos, fué inventado por los egipcios. Era ovalado y se ensanchaba un poco en la parte superior como las paletas para jugar al volante, pero era cuadrado por la parte del mango. Estos instrumentos eran de un bronce sonoro y estaban taladrados en su circunferencia por muchos agujeros de un lado á otro por los que pasaban unas barritas igualmente de bronce. Estas barritas cuyas estremidades se doblaban con un corchete, tenían en los agujeros libre el movimiento y cuando se movía el sistro con cadencia producía un sonido extraordinario que gustaba mucho á los antiguos.

En las fiestas de Baco y de Cibele se hacía también uso de los címbalos. Los címbalos de los antiguos eran unos vasos grandes de bronce de figura ordinariamente redonda con un mango ó asa. Se tocaban chocando el uno contra el otro observando cierta medida, y el sonido que producían era muy agudo. Eran los platillos que hoy se usan. Para marcar la medida en la ejecución de la música notada, se servían los griegos frecuentemente del cistro y á veces del címbalo.

La trompeta fué siempre un instrumento militar. Los romanos tenían dos clases de ellas. Las unas, cuyo extremo era muy ancho, parecían casi á las nuestras y eran rectas. Encuéntrase todavía el modelo de estas trompetas romanas sobre medallas antiguas y sobre algunos bajo-

relieves. Estas trompetas rectas servían para tocar á la carga y á la retirada. Las otras daban la señal del combate. También tenían los romanos cornetas guarnecidas de plata, que no eran más que cuernos de toros salvajes. Como sus sonidos eran muy fuertes y se oían de muy lejos, se servían de ellas para hacer oír las voces de mando á los gefes. Se servían también algunas veces de las trompetas en las pompas fúnebres y en los sacrificios. Se empleaban también para anunciar el principio y fin de los juegos.

Por último, los griegos tenían la trompeta *paflagónica*, que daba un sonido grave y cuyo extremo parecía la cabeza de un buey.

La flauta primitiva ó la flauta *Pan* es el *syrinx* de los griegos y estaba ordinariamente compuesta de siete tubos reunidos. Los antiguos, que juntaban este instrumento á los atributos del dios Pan, lo atribuían á Silvano, y los cistros á las bacantes: según Plutarco el número de siete tubos se refería á los siete grandes planetas, por lo que también estaban dedicados á Apolo ó al Sol, modelados de los siete cuerpos celestes. La flauta antigua se hallaba muy en uso entre los griegos y los romanos en los coros de música, en los espectáculos de teatro y en el anfiteatro, en los sacrificios y en casi todos las funciones religiosas. Este instrumento era de madera y casi semejante en su forma á la flauta de Pan. Ovidio en sus *Fastos* dice, que la madera de que se servían era el box: las había también de metal y otras de hueso.

Según Varron, la flauta simple tuvo al principio únicamente cuatro agujeros. La flauta llamada *avena* había sido probablemente hecha de una caña de avena: esta era la flauta de los pastores. La que se llamaba *tibia* era evidentemente la que provenía de la pierna de un animal. Había otra tercera llamada *fistula* que era el *flageolet*. Sin embargo, se encuentra frecuentemente en los poetas las palabras *avena*, *fistula* y *tibia*, tomadas indiferentemente unas por otras.

En lo sucesivo se pusieron dos tubos para una sola embocadura. Cada uno de estos tubos, que se debían tocar con una mano, tenía cuatro agujeros. Con referencia á Varron la mano izquierda acompañaba, mientras la derecha tocaba. Donat, dice al contrario, que la flauta derecha tenía pocos agujeros, que daba un sonido agudo, y que la izquierda teniendo mayor número de agujeros daba un sonido ágrío: así, según él, era la derecha la que acompañaba á la izquierda.

En Roma los flautistas se empleaban únicamente en la pompa, en los sacrificios, en los funerales y en los festines. Formaban una corporación muy numerosa y tenían la mayor parte el privilegio de ser mantenidos en el templo de Júpiter Capitolino. Habiendo querido un día los Censores privarles de esta preeminencia, tomaron una resolución colectiva y se retiraron á Tibur. Instruido el senado de su marcha, y alarmado por ver los sacrificios abandonados, diputó mensajeros á los tiburtinos, para que volviesen á mandar á Roma los flautistas. Estos no se dejaron vencer ni por amenazas ni por súplicas; lo que visto por los tiburtinos acudieron á la astucia. Dieron una fiesta á pretesto de regocijos y placeres é invitaron á los músicos romanos á tocar sus instrumentos, y habiéndoles hecho beber mucho, los emborracharon: los cargaron en carros y los llevaron hasta en medio de la plaza de Roma sin que



Des. J. G. de la Cruz

Imp. M. de la Torre y C.ª

Ed. 1847

Los tres hijos de la Castellana

ninguno de los flautistas se apercibiese de su rapto.

En cuanto amaneció corrió el populacho de todas partes y de todos lados para gozar de tan nuevo espectáculo. Entonces se consiguió que los músicos volvieron a continuar sus funciones. Después se estableció en su honor una fiesta en la que tenían derecho durante tres días de correr por las calles enmascarados loqueando y tocando sus instrumentos. También se concedió á los que tocaban en los sacrificios el privilegio de comer en el templo de Júpiter. Esto es lo que cuenta en su libro noveno el grande historiador Tito Livio.

El *trigono* ó *trigonon* no es otra cosa que el arpa en su origen. Este instrumento ha ocupado siempre un distinguido lugar en la música de todos los tiempos.

Los antiguos tocaban el *trigonon* por los dos lados y con los dedos, como se hace hoy con el arpa.

Nada se sabe de positivo sobre el origen y la invención de la lira. La mitología atribuye este honor á Mercurio. Algunos autores sucesivamente han atribuido su descubrimiento á Aníon, á Orfeo, á Apolo y á Apolinario.

Segun un himno que se cree ser de Homero, la primera lira, fué una concha de tortuga que Hércules vació, agujereó y guarneció de cuerdas de tripa. Se sabe que muchos poetas han llamado frecuentemente á la lira, tortuga, sin establecer diferencia entre estos dos instrumentos. La version que puede parecer mas probable, es la mas poética, es la del poeta que lleva por nombre Homero.

Los antiguos tenían muchos instrumentos de este género que se diferenciaban entre sí por la figura, por su tamaño ó número de cuerdas. Esto es lo que puede introducir alguna oscuridad sobre la invención y uso de este instrumento.

La especie de lira llamada *citara* (de donde ha venido la guitarra) era muy sencilla: no tenía al principio mas que tres cuerdas: era la lira de Olimpo. Poco después la añadieron una cuarta cuerda, lo que la hizo el *tetracordio* perfecto. El aumento de una quinta cuerda de Pollux, entre los sistros, produjo el pentacordio: cuando la añadieron otras dos cuerdas mas se tuvo la lira hectacordia, la que ha estado muy en uso entre los griegos.

Tuque testudo resonare septem.

Callida nervis.

Horac. *liric.*, lib. 6. III, od. XI.

Aunque se encuentran desde luego en este instrumento los siete tonos de la música, le faltaba la octava: Simónide se la puso: y mas tarde Timoteo de Mileto, contemporáneo de Alejandro, aumentó hasta doce las cuerdas; pero la lira de que habla Horacio y Píndaro es siempre la lira hectacordia.

Obliquitur numeris septem discrimina vocuum.

Se tocaba la lira de dos maneras: ó pinchando las cuerdas con los dedos ó hiriéndolas con el *plectrum*, especie de arco de marfil ó de madera pulimentado. Este arco, era segun los unos un palito puntiagudo y retorcido en sus dos puntas con las que se arriesgaba menos el tocar una cuerda con otra, que tocando con los dedos; segun otros era un pequeño dedal puntiagudo, ordinariamente hecho de una uña de cabra y que se ponía en el dedo para tocar las cuerdas. Este es un punto que ha quedado dudoso en la historia de la lira antigua.

Entre los griegos los que tocaban la lira, cítara ó tortuga, gozaban de la mas alta distincion, mayor todavía que la de los flautistas: iban vestidos con unas largas túnicas de púrpura cuando se presentaban en los festines y cuando entraban en el teatro llevando una corona en la cabeza. Entre estos, los que conseguían el premio de la lira obtenían la corona de laurel como los triunfadores en las grandes guerras.

Estas son las ideas y los estudios que hemos hecho sobre la música de los antiguos: estudios que nos han inspirado las magníficas orquestas que hemos visto en el teatro de la ópera, y que hacen ver cuanto ha progresado el arte musical, como todas las cosas humanas, desde su principio hasta la época actual.

En la lámina que presentamos á nuestros lectores, les ofrecemos la vista de los tocadores de flauta romanos y los tocadores de lira griegos, con los mismo trages que llevaban en la época que acabamos de describir.

ESTUDIOS MORALES.

LOS HIJOS DE LA GASTELLANA.

Habia en otro tiempo en tierra de Burgos una castellana tan afable, tan caritativa y tan simpática, que todas aquellas gentes la miraban como una especie de divinidad. Era el consuelo del labrador, el apoyo de la espigadora al volver de una mala cosecha; ella perdonaba las contribuciones y los diezmos á los pobres, y su vida sencilla, su virtud, su desinterés, su inagotable caridad la habían hecho el ídolo del pueblo: la llamaban la providencia de la provincia. Era viuda de Ramiro Alvarez, uno de los grandes capitanes del rey don Enrique IV de Castilla, y viuda á

los veinte y nueve años y madre de tres encantadores niños, dos hembras y un varón.

Este último se llamaba Ramiro como su padre, y en su cabeza descansaba aquella noble y antigua descendencia de su raza.

Las niñas se llamaban Laura y Blanca. Laura era una niña que aunque no había abandonado en su edad las unidades por las decenas, era muy juiciosa y la que en ausencia de su madre gobernaba la casa, ponía en orden á su hermanito y á su hermana Laura que era un verdadero diablillo. La castellana viuda, que se llamaba Elyra, educaba á sus hijos en el temor de Dios, que era en aquella época el cimiento de toda educación, y les inculcaba, apoyada en ejemplos piadosos, los preceptos de la moral,

cuando estando un dia en esta diaria ocupacion oyeron un tiro en el bosque, al cual siguió despues otro mas.

—¿Qué es esto? preguntó Laura.

—Tengo miedo, dijo Blanca acercándose á su madre.

—Yo no tengo miedo, replicó el niño Ramiro alzando su infantil cabeza.

La castellana miró por todas partes y al fin vió un cazador desconocido á quien acompañaban dos perros.

—¿Qué haceis aqui, señor mio? le dijo. Señor mio, ¿quién os ha permitido disparar el arcabúz en mi parque?

El cazador era hombre de buena traza; su arcabúz estaba ricamente adamascado, su traje de terciopelo sentaba maravillosamente á su airoso talle, y á pesar de la sencillez del traje se adivinaba á tiro de ballesta que era todo un caballero.

—Señora, dijo llamando á sí á los perros que andaban vagando, he hecho mal, ignoraba que me habia perdido en una propiedad particular. Ademas como no hago un oficio de la caza pongo á vuestros pies su producto, y al decir esto tendió á los pies de la castellana que le miraba con altivez las tres piezas que habia cazado; una liebre, una perdiz y una chocha.

Mientras Laura miraba con sus grandes y hermosos ojos al cazador, Blanca retrocedía asustada al ver la sangre de las piezas, y Ramiro pasaba su manita sobre la cabeza de la difunta liebre.

—Pobres animales, dijo la señora sin perder de vista al cazador.

—Os las ofrezco, replicó el recién llegado; hay una pieza para cada uno de los niños.

—Pobres animalitos, dijeron á su vez Blanca y Laura.

—¡Oh! dijo el cazador, las tres tienen un defecto: la liebre es cobarde, la perdiz vanidosa y la chocha charlatana.

—¿Y no tenían buenas cualidades? preguntó Blanca.

—Y excelentes, respondió el cazador, pero asadas. Hace medio dia que estoy en ayunas, y si la señora vuestra madre quiere concederme un lugar en su mesa, entonces podríamos hablar mas despacio de estos animalitos al comer.

La castellana se sonrió clavando sin cesar sus ojos en el desconocido, y los difuntos fueron enviados á la cocina y compuestos inmediatamente en excelentes y succulentas salsas.

Despues que el cazador colocó en un rincon su sombrero con plumas é hizo tenderse á sus pies los dos perros, contó á la castellana como habia hecho la caza de aquellas tres piezas mientras se dirigía hacia el castillo, y como aquella cacería le habia sido pronosticada por una gitana que se le habia presentado á pedir una limosna, y la que habiéndola socorrido le dijo en pago que en aquella mañana en tres tiros mataría tres piezas, y que podría conceder á tres personas á quienes se las diera el que se verificase su deseo. Que se habia reido desde luego de la oferta de la pobre muger que habria creído mostrarle en esto su agradecimiento, pero que sin embargo, puesto que en parte se habia comprobado la primera mitad de la predicción, habiendo matado de solo tres tiros, los únicos que habia tirado, las tres piezas que acababan de servirles en el almuerzo, estaba tambien dispuesto á conceder á cada uno de los niños el deseo que manifestase.

Muchísimo se alegraron y celebraron con grande algazara los niños la oferta que les hacia el cazador. La castellana no hacia durante el almuerzo mas que mirar al cazador el cual no la era desconocido, si bien habia olvidado sus facciones por no haberlas visto hacia muchísimo tiempo.

Terminado el almuerzo y al contar sus aventuras el cazador reducidas á haber estado en la guerra contra los moros, que era ocupacion ordinaria de todos los nobles en aquella época, conoció la castellana que el cazador que tenia delante era el hermano de su difunto esposo.

—Si, yo soy el hermano de vuestro difunto esposo, Gonzalo.

—¡Gonzalo! dijo la castellana ruborizándose.

—Si, Gonzalo, el mismo que os ha escrito frecuentemente desde el campo de batalla, porque cuando he sabido despues de un año vuestra viudez he solicitado vuestra mano que me habeis rehusado diciendo que era demasiado pronto, y que no podríais decideros á dar un padrastró á vuestros hijos, un estraño por señor.

—Me acuerdo, dijo conmovida la castellana.

—He dejado pasar tres años, he hecho las guerras de Ubeda, de Sevilla y de Granada, deseoso de hacer revivir la nombradía de mi hermano, y vengo á ofrecer os mi mano y á ser el padre de vuestros hijos. Deseo agradaos, hermana mia, y espero me concedais el premio debido á mi constancia haciéndome vuestro marido y no viendo en mí mas que la continuacion de mi buen hermano Ramiro.

La señora parecia luchar contra un tierno sentimiento y despues respondió:

—No me pertenezco á mí, tengo tres hijos para quienes sois un estraño; debo conservarles para ellos.

—Los amaremos juntos.

—Si, pero ellos ¿os amarán?

—Tengomis esperanzas de que sí, y no os pido para conseguirlo mas que ocho dias de hospitalidad.

—Pues bien, permaneced esos ocho dias, porque podeis hacerlo con el justo título de hermano de su padre. El mayordomo os preparará un aposento.

El cazador se inclinó respetuosamente, estampó un beso en la linda mano de la castellana y se retiró á su aposento.

Aquella semana no pasó inútilmente para el cazador y los niños. Estos se aficionaron muchísimo al forastero y este llamándole dijo al niño:

—Vamos á ver que es lo que quieres, porque ya sabes que la gitana me ha concedido el que pueda verificar tres deseos. Con que, vamos, ¿qué es lo que deseas?

—Quisiera ser general.

—Para eso se necesita ser grande y no es uno soldado sino cuando es hombre; esto es muy largo.

—Pues quisiera ser mas grande que tú, grande como las casas.

—Pero eso te ocasionaría gastos, seria preciso levantar las puertas y los techos del castillo.

—Es verdad, seria preciso que estuviese acostado mientras se concluía la obra. Bien, lo reflexionaré.

—Ve á pensar en lo que deseas y dímelo mañana, porque mañana mismo me marcho.

—¿Mañana? yo no quiero que te vayas.

—Es preciso: ya he permanecido los ocho días que debía estar.

Llamó el cazador despues á Blanca y la preguntó qué deseaba.

—Yo desearia que mi muñeca hablase y cantase.

—Piénsalo bien hasta mañana, porque mañana me voy á marchar.

—¿Mañana? respondió Blanca. ¿Tan pronto? es imposible, yo no quiero que te marches.

—Es preciso, han pasado los ocho días que me ha concedido tu madre, y no se debe abusar de los favores que le hacen á uno.

—¿Qué lástima! dijo retirándose tristemente la pobre niña.

El cazador aguardó á que viniese Laura. La encontró en el jardín junto á un rosal.

—Y bien, la dijo el cazador, casi adivino lo que tú deseas. ¿Tú querrias para estas rosas la inmortalidad y la belleza?

—No, lo que Dios ha hecho bien hecho está.

—¿No has concebido ningun deseo?

—Tal vez.

—¿Por qué no me lo dices?

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—Voy á decíroslo; porque no me concierne personalmente.

—¿Pues á quién toca?

—A mi madre.

—¿De veras?

—Oid. Sois bueno y me inspirais mucha confianza; estoy segura de que si me confío con vos no me hareis traicion ni faltareis á mi confianza.

—Gracias, niña, por la excelente opinion que has formado de mí; yo procuraré corresponder á ella.

—Pues bien, sabed, que hace mucho tiempo que mi madre cuando está sola conmigo está reflexiva, preocupada y meditabunda.

—¿Preocupada? dijo el cazador.

—Sí, está sumergida en profundas reflexiones y suspira.

—¿Con frecuencia?

—Con bastante.

—¿Y no la has preguntado nunca por qué?

—Perdonad.

—¿Que ha respondido?

—Me ha dicho que pensaba en uno que estaba muy lejos, muy lejos, muy lejos, solo, en las guerras, espuesto á muchos peligros, y asaltado por muchos pesares.

—Y entonces, querida mia, ¿qué es lo que piensas tú hacer?

—Yo, salvo vuestro parecer, pensaba desear que suceda toda la felicidad que mi madre desea para esa persona. ¿Qué os parece?

Conmovido y absorto el cazador no respondió.

—¿Por qué no me decis nada?

—No puedo determinar sobre este asunto, dijo con dignidad, ni influir en un deseo que podria ser definitivo, porque la gitana al concederme la felicidad de que puedan realizarse los deseos de la persona que yo quiera, desea que esta obre con toda libertad.

Alejóse vivamente impresionado por aquella infantil confianza.

Llegó el octavo día, el cazador calzóse sus gruesas botas de gamuza, hizo ensillar el caballo, llamó sus perros, cogió su arcabuz, y vestido así se presentó como á su llegada ante la castellana y sus hijos.

—La hospitalidad, dijo, es una cosa de la que no debe abusar jamás un viagero. Una semana entera se ha pasado para mí como un solo día bajo este afortunado techo; las horas han corrido muy veloces. Diríase que el tiempo se ha equivocado al sumar los minutos. Sea de esto lo que quiera, señora, vengo á despedirme de vos y á daros gracias de vuestra cordial acogida.

Púsose pálida la castellana, aunque trataba de luchar contra sus mas íntimos pensamientos; púsose la mano sobre su corazón cual si hubiera temido que pudieran oirse los latidos de él.

—Adios, dijo á Gonzalo, en cualquier parte que os haléis acordaos de que solo el deber contiene ciertas expansiones del alma, ciertas simpatías que habeis adquirido.

—¿Y los deseos cuando se cumplen? preguntó Ramiro.

—Nos habeis engañado, dijo Laura.

—Os habeis burlado de nosotros, dijo Blanca.

—Seguramente, replicó el cazador, me olvidaba de ello.

—Pues que nos habeis prometido que se cumplirian, os hemos creído, dijeron juntos los niños.

—Y habeis hecho bien. Vamos, ¿qué es lo que deseais?

—Yo deseo, dijo Ramiro, que mi buen amigo el cazador se quede conmigo para jugar á los soldados hasta que tenga edad de tener un sable de veras en la mano.

Despues volviéndose hácia Gonzalo.

—Para eso no será preciso levantar los techos, murmuró con malicia.

—Yo, exclamó Blanca, deseo que mi amigo se quede conmigo hasta que mi muñeca cante sola.

Despues volviéndose hácia el cazador:

—Como esto no sucederá nunca, dijo, siempre estareis con nosotros.

Dos lágrimas de enternecimiento se deslizaron sobre las rosadas mejillas de la madre de familia y noble castellana.

Laura, solo Laura estaba seria.

—¿No deseas tú nada? la dijo su madre con un tono en que se dejaba ver una vagainquietud.

—Sí, madre mia, pero perdóname si soy indiscreta ó inconsecuente.

—¿Pues qué deseas tú?

—Deseo que tus deseos relativos á ese lejano viagero de quien hablabas sin cesar sean cumplidos lo mas pronto posible.

—Señora, aventuró á decir el cazador, los deseos están espresados: ¿quereis que se realicen ó no? ¿quereis que la fé y la confianza de estos niños quede engañada? ¿Quereis que duden de la verdad de la prediccion que al encaminarme á estos lugares me hizo la gitana á quien socorri con larga mano?

—Gonzalo, dijo la castellana abandonando su hermosa y linda mano á los besos de su cuñado, no los abandoneis jamás, no os separeis nunca de los hijos de vuestro hermano!

El cazador se quedó para siempre en el castillo: la castellana dejó de ser viuda.

ESTUDIOS LITERARIOS.

EL PRIMER PASO EN EL VICIO,

6

EL JOVEN Y EL PERAL.

CUENTO.

De la senda del honor
Nunca os separeis, amigos,
Desgraciados de vosotros
Si un paso dais en el vicio,
Que es el camino del crimen
Muy ancho y resbaladizo,
Y si en él poneis el pie
Os arrastrará al abismo.

Cerca de un hermoso huerto
Que guarda un muro de espinos
Un joven á la ventura
Caminaba distraído.

Vió en él un verde peral
Lleno de fruto esquisito,
Que con su fragante olor
Le despertó el apetito.

Sin reparar en las zarzas,
La cerca salta de un brinco,
Y con placer saborea
Una pera que ha cogido.

El perro que el huerto guarda
Veloz acude al ruido,
Y al imprudente se lanza
Que asalta el huerto atrevido.

Coge el joven una hoz
Que encontrará en aquel sitio,

Y al fiel ajano en el suelo
Deja sin vida tendido.
Presuroso el amo acude
Del perro á los alaridos,
Y mira á su pobre Azor
Muerto, en su sangre teñido.

Apunta con su escopeta
Al audaz desconocido:
El tiro parte.... y la bala
Pasa silbando en su oído.
Ciego de cólera el joven,
A quien la bala no ha herido
Blande la cortante hoz
Y junto al perro tendido
Deja al dueño de la huerta,
Que á castigarle ha salido.

Encerrado en una cárcel,
Llora en vano su delito,
Que sin cuidar de su llanto
Y sus pesares continos,
La justicia de los hombres
Le condena á vil suplicio.

¡Ay! esclama el infeliz,
¡Cuán cruel es mi destino!
Al morir lego á mis padres
La mancha de un asesino.

Muero como un criminal
En afrentoso suplicio,
Y robar solo una pera
Mi intencion ¡ay Dios! ha sido.

Que es el camino del crimen
Muy ancho y resbaladizo,
Y aquel que en él pone el pie
Se ve arrastrado al abismo!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESPAÑA ROMÁNTICA.

LA TORRE DEL CASTILLO DE OLMEDO.

LEYENDA.

Toda novela tiene algo de historia,
Toda historia tiene algo de novela.
Conde de Fabraquer.

Hacia fines del reinado de don Juan II de Castilla, vivía cerca de Olmedo en un castillo el caballero Juan Pedro

Ansures. Podía haber tomado un título mas pomposo, porque era de noble raza; pero no se atrevia por tres razones principales: la primera porque todavía no era mas que un doncel, y no caballero, y esta era la menor de las tres razones: la segunda, porque el rey don Juan II no hubiese tenido que decir, al tratar de resucitar un nombre y un título que el rey difunto Enrique III, cuando sometió á los grandes que le tenían empobrecido, habia querido extinguir para siempre: y la tercera, en fin, porque le faltaban los medios de mostrarse digno de su alto origen.

Hallábase tan pobre, que el castillo de Olmedo, su único patrimonio, aunque edificado solo hacia un centenar de años, se estaba cayendo por todas partes sin que hubiese

que pensar en levantarlo; tan pobre, que mas que castillo parecia una mala venta, teniendo por únicos servidores su mayordomo y tres labriegos que eran colonos de las pocas tierras que formaban la pertenencia del castillo, y que cuidaban un corto viñedo que era todo el patrimonio del bueno de Juan Ansurez.

El mayordomo era un hombre particular: un cojo que cuidaba de la ropa de su señor, le servía á la mesa, se encargaba de sus mensajes y comisiones, y cuando venía el tiempo de la siega y de la vendimia echaba también una mano á las labores del campo. Jamás mayordomo alguno estuvo mas ocupado ni peor pagado.

Era tan pobre el bueno de Ansurez, que para tener algunas monedas de plata en su escarcela, y poder como todos los ricos-hombres de aquella época hacer su ofrenda el domingo en la iglesia, se veía obligado á malvender los exiguos productos de sus tierras, que apenas le daban lo suficiente para mantenerse él y sus tres criados.

Llegó un año de escasez en que faltó el trigo casi enteramente. Lejos de poder vender tuvo que comprar; pero en cambio de eso la cosecha del vino había sido abundantísima, tanto, que parecia ser una especie de compensación.

No sabía nuestro gentil-hombre como componerse, porque sus bodegas estaban llenas, y vacíos sus graneros. En esta confusión juntó á consejo á su mayordomo, el que por el defecto de su cojera era llamado Pata-corta en toda aquella comarca, y después de una seria discusión acordaron el establecer una especie de tienda en el mismo palacio, donde vender el vino al por menor ó á cántaros.

Mucho costó á la vanidad y amor propio de nuestro rico-hombre el hacer esto; pero ante la necesidad no hubo mas remedio que ceder.

A poco tiempo, pues, no lejos de la entrada principal del castillo de Olmedo, alzaron una especie de barraca, provista de unas malas mesas y bancos de madera, y rodeada de una ligera verja también de madera, coronado todo ello con una enorme rama de pino.

Ya tenemos, pues, á nuestro castellano, á nuestro rico-hombre de tan alto nacimiento, obligado para vivir á hacerse tabernero. Si grandes eran sus escaseces, grande también debió de ser su humillación y su sombría tristeza.

A despecho, sin embargo, de su pobreza, de su abatimiento y de sus desgracias de familia, encontrábase por lo regular de excelente humor. ¡Ah! es que circulaba por sus venas un poderoso filtro que le sostenía contra la adversidad: era joven. Nacido al mismo tiempo que el siglo XIV contaba apenas veinte y tres años: ardía además en su corazón una pasión noble: todos los domingos sin faltar uno, iba á la iglesia de Olmedo, donde su familia tenía su capilla señorial; y allí, no estando obligado á fijar sus ojos sobre un misal, porque no sabía leer, los dirigía continuamente hácia una hermosa y joven doncella de catorce á quince años, digna y altiva, vestida de blanco de pies á cabeza, porque estaba consagrada á la Virgen. Era esta doña Sol de Mendoza, hija de don Alvaro de Mendoza, señor de Cuellar y de Sepúlveda, parienta de los condes de Villena, uno de los mas altos personajes de aquella época.

De seguro, si hubiera podido raciocinar su corazón, hu-

biera sofocado en su nacimiento aquel hermoso sentimiento, como en el nido se sofoca casi en el huevo el aguilucho que aun no tiene pico ni garras para destrozar. Sin embargo, en todo pensó menos en eso.

¿Esperaba que le dieran algun día por muger una de las mas ricas hembras de Castilla, cuya familia era omnipotente y brillaba al lado del trono del rey don Juan II? ¿Esperaba tal vez seducirla, robarla, y obrar violentamente como tan de ordinario se verificaba en aquella época?

Por su señorío de Olmedo era feudatario del padre de Sol, y cualquiera que seducía ó robaba la hija ó la muger de su señor, era declarado traidor y felon segun las leyes de aquel tiempo, arriesgando el ser ahorcado si era peche-ro, ó degollado si pertenecía al estado noble. Las leyes eran en el siglo XIV severísimas en este punto, y tal vez á esta severidad, mas que á la delicadeza de sus sentimientos, los caballeros de aquellos tiempos debían el distinguirse sobre todo con las damas por su discreción y su porte.

Nuestro doncel no se detenía por la idea de poder ser degollado: amaba á Sol porque era hermosa, porque le gustaba el verla, porque tenía unos dientes como perlas, unas manos blancas, unos pies de ángel, y unos cabellos rubios como el oro. Se obstinaba en verla, porque amar le parecia bueno, y llenaba de alegría su corazón. En esta edad, ni el corazón ni el estómago pueden permanecer vacíos.

¿Cuidábase acaso él de ser correspondido? No lo creemos. ¿Qué hubiera adelantado en esto? Sol era toda su felicidad, su felicidad de los domingos; así la hora de la misa era para él una hora de inefables delicias. Sin embargo, como no hay mas que un domingo á la semana, y en el domingo una sola misa, y ésta demasiado corta, trató de indemnizarse de esto yendo al castillo; ya á cumplir con sus deberes de feudatario con el señor de Cuellar, ya á visitar á don Alvaro de Mendoza, hermano de doña Sol, cuya amistad había sabido grangearse. Y aunque en la iglesia, como en el castillo, jamás Sol había tenido para él sino una mirada altiva y glacial, no por eso admiraba menos sus lindos ojos, que reconocía ser los mas hermosos del mundo, y volvía á su casa estasiado de haberla visto.

Este amor que con tan poco se contenta y satisface, que ni aun tiene la esperanza por alimento, bastó, sin embargo, para darle la fuerza necesaria con que soportar su mala suerte, desdeñar todos los bienes que no poseía, y pasar su vida en dulces ensueños de felicidad.

Fué una fortuna para nuestro doncel el haber seguido los consejos de su honrado mayordomo, porque se encontró casi rico. No faltaban parroquianos á su ventorrillo, tanto que muchas veces no cabían todos en él. Los pasajeros y mercaderes que pasaban por cerca de Olmedo se detenían allí para refrescar y tomar fuerzas con que seguir adelante en su camino de Castilla. Los aldeanos de los contornos acudían allí igualmente á celebrar sus fiestas, y aun cuando ya libres de toda dependencia de su antiguo amo, por un resto de veneración y respeto antiguo los hombres en cuanto veían al señor del castillo se quitaban los gorros de sus cabezas, y las muchachas cogían una flor, un ramo, y le llevaban aquel tributo voluntario, des-

pues de haberle saludado humildemente con la mas expresiva cortesía.

Una mañana, cuando nuestro buen Juan Pedro Ansurez se hallaba en su cama, dormido en un delicioso ensueño, soñando que asistía en la iglesia de Olmedo á una misa que duraba nada menos que seis horas, se despertó por un gran ruido que oyó fuera de su desmantelado castillo. Llamó á su mayordomo, y á los otros criados, y ninguno respondió. De los tres, dos estaban trabajando en la viña, y su *fac totum*, Pata-corta, desde el alba habia marchado

llevaba trazas de romper los bancos sobre las mesas.

—¡Hola! ¿Qué es eso? le gritó Ansurez en cuanto le vió.
—¿Cómo haces aguardar al hijo de mi padre? En nada está, villano, que no te rompa los huesos, como he roto estos trastos.

—¡Virgen santa! murmuró Ansurez arrugando el entrecejo.

Y por un rápido movimiento echó la mano al costado derecho cual si debiese encontrar allí el puño de una espada.



Ansurez y Vargas.—La Virgen de cera.

á Olmedo para traer las provisiones que hacian falta en el castillo. Continuaba aumentándose el ruido, y Ansurez, medio dormido, aunque aquella era la hora entre prima y tercia, es decir, entre siete y ocho de la mañana, creyó que algunos malhechores venian á derribar sus puertas, y arrojóse de la cama; púsose apresuradamente sus calzas y el jubon de sarga, y se dirigió á donde se oia el ruido, que cada vez era mas formidable. Vió en el acto que en la barraca donde despachaba el vino, un caballero jóven, de bastante hermosa apariencia, despues de haber roto á fuerza de porrazos sobre los bancos parte de la verja,

—¡Vamos pronto, tunante, trae vino! estoy reventando de sed. ¿Qué haces ahí con ese aire espantado? ¿Habla en hebreo para tí un caballero?

—Soy tal vez de tan noble linage como vos, respondió Ansurez levantando altivamente la cabeza.

—¿Cómo?... ¿qué?... ¿qué dices? Esa rama de pino que cuelga del techo de esta barraca, ¿qué quiere decir?

—Que hago vender el vino de mi cosecha, como tengo derecho de hacerlo, porque yo soy el señor de este castillo.

El recién llegado se tranquilizó de repente.

—Perdonadme, señor mio, dijo aproximándose al castellano: pero la paciencia no es mi virtud, y la cólera turba la vista, tomándose á veces un faisán por un milano. Además, añadió con una sonrisa un poco irónica, el vestido que ahora llevais ha podido ayudar á mi equivocación: la tela no es de las mas finas, ni cortada á la última moda.

Ansuez se ruborizó ligeramente, pero sin guardar rencor al caballero, bastante escusable en efecto de haberse

dor—aceptó á todo riesgo el convite. Aguardaba sus pages y criados que le seguian á cierta distancia con sus equipages, y desde el castillo tendria tiempo y ocasion de verlos llegar cuando pasasen, porque mejor que al aire libre le convenia el aguardar dentro de la casa.

Cogió, pues, por el diestro su caballo, que inmediato pacía la verde yerba de un fresco prado, y los dos jóvenes, ya compañeros, pasaron juntos el dintel de la puerta del castillo.



Ansuez y los soldados bebiendo en su taberna al marchar á la guerra.

dejado equivocarse. Como caballero que sabe su deber propuso admitirle en su casa para aplacarle aquella terrible sed que sufría, escusándose anticipadamente de la corta hospitalidad que le ofrecía, en atención á que todos sus criados se hallaban ausentes de la casa por una causa ó por otra.

Don Pedro de Vargas—tal era el nombre del alborota-

SEGUNDA SERIE.—4836

—¿Qué es esto? preguntó Vargas volviéndose hacia su derecha, y deteniéndose á examinar cuidadosamente un largo lienzo de pared bien trabajado, que se adelantaba en forma de rotonda hacia el castillo que estaba al frente. Diríase que este era un bastión subterráneo, ó alguna torre mágica edificada por Melusina, la mugerserpiente.

AÑO XIV. 23